

5605  
X

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DEL PARTIDO  
DEMOCRATA - CRISTIANO, SR. PATRICIO AYLWIN EN EL ACTO  
REALIZADO EN LA "FUNDACION FREI" DE VALPARAISO, CON MO-  
TIVO DE LA DONACION DE LA BIBLIOTECA MANUEL BLANCO.

---

22 de Octubre de 1987.-

www.archivopatricioaylwin.cl

UTOPIA Y REALIDAD EN EL HUMANISMO CRISTIANO.

Señoras y Señores :

El noble gesto que en esta sencilla ceremonia se concreta, es ocasión propicia para formular algunas reflexiones sobre la utopía y la realidad en la teoría y en la experiencia del humanismo cristiano.

Manuel Blanco, hombre de acción a la vez que soñador, fué uno de esos jóvenes que, hace poco más de medio siglo, acometieron la tarea de intentar construir en Chile una nueva sociedad en la que los valores del Evangelio alcanzaran real vigencia. Vivió su vida enamorado de ese ideal que, después de largos años de dura lucha, conquistó el respaldo mayoritario del pueblo chileno para acometer el desafío de la revolución en libertad que encabezó Eduardo Frei.

Las realizaciones y el desenlace de esa experiencia suscitan la interrogante : ¿es fantasía inalcanzable el ideal de construir en esta tierra una patria de hermanos, libre, justa y solidaria?

Personalmente pienso que, aunque tiene mucho de utopía, constituye una meta a la que es factible aproximarse y a la cual bien vale la pena consagrar la vida.

UTOPIA E IDEAL HISTORICO.

Es vocación imperativa para el cristiano procurar la perfección. Ya lo dijo el Maestro: "Sed vosotros perfectos así como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo, V. 48). Este anhelo de perfección no sólo se expresa en el ámbito personal, sino que también se proyecta en la sociedad. Cuando Tomás Moro, Campanella, Saint Simon o Fournier imaginan sus utopías, buscan el "máximo absoluto de perfección social y política". Se trata, según palabras de Maritain, de creaciones de la razón, aisladas "de toda existencia fechada y de todo cli-

ma histórico particular, modelos ficticios propuestos al espíritu en lugar de la realidad".

Pero al lado de esta clase de utopías de suyo irrealizables, la inteligencia humana es capaz de concebir ideales de perfección social que, aunque parezcan utópicos en determinadas circunstancias históricas, no son absolutamente irrealizables en cuanto varíen esas circunstancias. Es lo que Maritain llama "ideal histórico concreto" y define como "una imagen prospectiva que designa al tipo particular de civilización a que tiende una determinada edad histórica". Es un ideal realizable, difícil pero no imposible de concretarse en los hechos. Tal es el ideal histórico de "una nueva cristiandad" que el propio Maritain propone y concibe como "un humanismo integral". Tal es el llamado de Pablo VI, a instaurar una "civilización del amor" que prevalecerá sobre la fiebre de las luchas sociales implacables y dará al mundo la transfiguración de la humanidad finalmente cristiana", de la cual nos habló Juan Pablo II a los chilenos en su encuentro en Concepción con el mundo del trabajo.

Cuando, inspirados en los principios y valores del humanismo cristiano, hablamos de reemplazar las estructuras capitalistas o colectivistas del mundo en que vivimos, por otras que den origen a una sociedad personalista y comunitaria, plenamente democrática, en que la práctica de la libertad, la justicia y la fraternidad garanticen el respeto a la dignidad de todas las personas y promuevan el bien común, proponemos un ideal que a muchos pueda parecer utópico, pero que corresponde a los anhelos profundos del ser humano.

La mera formulación de ese ideal remece esos anhelos y los desafía a tratar de convertirlo en realidad. La utopía genera de este modo una energía histórica en las personas y grupos que creen, esperan o confían en ella. El ideal despierta las conciencias, entusiasma los espíritus, especialmente los jóvenes, y los motiva a luchar por alcanzarlo.

## UNA FALANGE IDEALISTA

Así ocurrió con la pléyade de jóvenes que, a mediados de la década de los treinta, asumieron el desafío de tratar de realizar en nuestra patria los ideales social cristianos.

Inspirados en las Encíclicas Sociales de la Iglesia, motivados por el ideal de una Nueva Cristiandad, se embarcaron en la hermosa aventura de proponer al pueblo de Chile un camino nuevo, más allá de derechas e izquierdas, para superar sus problemas y realizar su destino. Demandaban justicia social, eran los abogados de los pobres y postulaban la redención del proletariado.

Lucharon con medios pobres, pero con la fortaleza que nace de las convicciones profundas. Combatidos ferózmente desde uno y otro extremo del espectro político, sacaron fuerzas de flaqueza y jamás desmayaron. No los amilanó la incomprensión de la jerarquía de su propia Iglesia, ni las descalificaciones de que fueron víctimas. La dura resistencia que encontraron en el afán de llegar con su mensaje al mundo proletario tampoco los detuvo. Ni se dejaron desalentar por las sucesivas derrotas electorales que en el curso de casi veinte años defraudaron periódicamente sus esperanzas de crecimiento.

A lo largo de esta prolongada lucha, los primeros falangistas y quienes después los seguimos, conquistados por su hermosa utopía, fuimos tomando cada vez más contacto con la realidad de Chile, con los problemas del diario vivir de nuestros compatriotas y aprendimos a valorizar sus modestas aspiraciones concretas. Se nos hizo entonces evidente que para abrir camino a la nueva sociedad a que aspiramos no era sólo necesario proclamar nuestra verdad, demostrar el error de nuestros adversarios y ganar para nuestra causa los corazones y las mentes de la mayoría de los

chilenos. Era también indispensable encontrar respuestas adecuadas a esos problemas y aspiraciones y vincular su solución a la tarea de ir construyendo la nueva sociedad.

#### LAS EXIGENCIAS DE UNA SOCIEDAD HUMANA.

Es que la "nueva cristiandad" o la "civilización del amor" a que aspiramos no nos llegarán por obra de un advenimiento milagroso, ni de algún cataclismo, ni de una revolución que, de la noche a la mañana, derribe las estructuras del mundo en que vivimos y levante otras pletóricas de libertad y de justicia.

El ideal de la nueva sociedad a que el humanismo cristiano aspira supone, a lo menos, los siguientes elementos o caracteres :

1º- un régimen político democrático, que asegure la plena vigencia de los derechos humanos, reconozca el pluralismo de la sociedad y consagre el derecho del pueblo a gobernarse por sí mismo mediante, a lo menos, la renovación periódica de sus autoridades políticas por sufragio universal, libre, secreto e informado;

2º- un orden económico al servicio de las necesidades humanas, que promueva la solidaridad, reconozca la primacía del trabajo, estimule y garantice la propiedad sin perder de vista el destino universal de los bienes e impulse el desarrollo;

3º- un orden social fundado en la dignidad de las personas, que busque el bien común mediante la participación y la fraternidad; y

4º- un espíritu de verdad, de libertad, de justicia y de amor que anime las relaciones sociales.

Cumplir todas estas exigencias, a partir de la realidad que vivimos, parece meta inalcanzable para las limitadas fuerzas de la condición humana. Pero no es tarea imposible si, evaluando objetivamente la situación, los medios con que se cuenta

y los obstáculos previsibles, la concebimos como un proceso de superación progresiva que ha de realizarse por etapas.

Por muy justas que sean las impaciencias y rebeldías revolucionarias de quienes claman contra las iniquidades de un orden inhumano, la historia enseña que los intentos de cambiarlo todo en corto lapso, de sustituir drásticamente y rápidamente un orden acusado de caduco por uno nuevo concebido como panacea, lejos de conseguir sus objetivos, suelen originar retrocesos que en vez de mejorar las cosas las empeoran.

Es, pues, indispensable, si se quiere avanzar de veras hacia el ideal de sociedad con que se sueña, aceptar la gradualidad de los procesos históricos y proyectar su realización mediante etapas sucesivas que, cambiando progresivamente las condiciones negativas, vayan acercándonos con la mayor eficacia y celeridad posible hacia las metas deseadas.

Surge así la necesidad, que es a la vez deber de responsabilidad cívica y de consecuencia con el ideal que se postula, de programar la marcha hacia la utopía en un proyecto político concreto que se proponga hacer un tramo del camino en un determinado tiempo.

#### LA REVOLUCION EN LIBERTAD.

No otra cosa fué la Revolución en Libertad que encabezó el Presidente Frei entre 1964 y 1970.

Corresponde principalmente a Eduardo Frei el mérito de haber hecho aterrizar las formulaciones principistas de nuestra inspiración doctrinaria en la realidad concreta del Chile de mediados del siglo XX.

Partiendo de un diagnóstico de esa realidad, que Jorge Ahumada calificó de "crisis integral de Chile" y aprovechando los valiosos estudios de la CEPAL sobre los problemas económicos de nuestro continente y las posibles formas de enfrentarlos, se

elaboró un programa que junto con proponer las reformas estructurales necesarias para eliminar las causas principales de esa crisis, se proponía atender en forma prioritaria los más urgentes problemas sociales que sufrían los sectores mas postergados de la población.

Se trató, simultáneamente, de incorporar como miembros activos de la comunidad nacional a los sectores marginales - prácticamente un tercio de la población del país, entre campesinos y pobladores - y de aprovechar al máximo la capacidad productiva de los sectores más dinámicos de nuestra economía; de modificar substancialmente las estructuras agrarias para difundir la propiedad de la tierra, excesivamente concentrada y deficientemente aprovechada, y de aumentar de inmediato la producción de alimentos; de contener la inflación, reducir la desocupación y redistribuir los ingresos en beneficio de los trabajadores asalariados; de recuperar para Chile el dominio y control de sus riquezas básicas, especialmente el cobre, y de conseguir los créditos, inversiones y tecnología indispensables para aumentar su producción, desarrollar la industria nacional y mejorar de modo substancial la capacidad exportadora del país; de conquistar, en fin, la máxima independencia en el plano internacional y de conservar las buenas relaciones con Estados Unidos y demás países occidentales tradicionalmente amigos de Chile.

Para lograr estos fines, se puso en práctica una política coordinada de cambio social con desarrollo económico y perfeccionamiento institucional, dentro de un régimen de libertad, cuyas realizaciones fundamentales fueron :

a) la organización del pueblo, para promover su participación responsable en la solución de sus problemas y en la vida cívica y económica del país. 430.000 trabajadores urbanos y más de 100.000 campesinos sindicalizados, medio millón de mujeres incorporadas en Centros de Madres, 3.500 Juntas de Vecinos a lo

largo del país, significaron avances efectivos hacia la integración real en la comunidad nacional de los sectores hasta entonces marginados;

b) la reforma educacional para dar educación básica habilitante para la vida a todos los niños de Chile y abrir las puertas de la educación media, especial y superior a todos los que tuvieran aptitudes. Las matrículas escolares aumentaron en el período 37% en la enseñanza básica, 117% en la enseñanza media humanista; 211% en la técnica y 124% en la universitaria;

c) la reforma agraria que incorporó a 30.000 familias campesinas a la propiedad de la tierra, otorgó asistencia técnica y financiera a los pequeños productores rurales, modernizó como nunca hasta entonces la infraestructura agrícola - plantas lecheras, frutícolas, silos, frigoríficos, mataderos, centrales vitivinícolas - y logró aumentar la tasa anual de crecimiento de la producción agropecuaria del país desde el promedio histórico de 1,8% al 4,9%. Durante el período, la producción agrícola aumentó sobre el 25% y la pecuaria, más del 31%;

d) la "chilenización del cobre" mediante la cual el Estado chileno pasó a ser dueño de más del 50% del capital de las empresas de la gran minería del cobre, tomó en sus manos la dirección y el control de su comercialización en el mercado internacional y obtuvo inversiones del orden de los 700 millones de dólares que permitieron al país duplicar su capacidad productora de cobre y casi triplicar la de refinación del metal;

e) el programa de desarrollo industrial que se tradujo en la construcción o ampliación de numerosas plantas en rubros básicos como el petróleo, la química, la petroquímica, la siderúrgica, la celulosa, la remolacha, la metal mecánica, la automotriz y la electrónica;

f) los programas de vivienda y de salud, que en el

curso de seis años ~~que~~ permitieron tener casa a más de 400 mil familias y mejoraron la infraestructura de salud pública con 45 nuevos establecimientos hospitalarios y casi 150 postas rurales;

g) la política de redistribución de ingresos que permitió aumentar en un 55% las remuneraciones reales de los trabajadores, cuya participación en el ingreso nacional subió de menos del 48% en 1964 a más del 53% en 1970; y

h) la creación del Mercado Subregional Andino que significó un paso efectivo en el proceso de integración económica latinoamericana.

Todo ello, aparte de la enorme labor que se realizó en materia de obras públicas - caminos, embalses, puertos, aeropuertos - de transportes - electrificación y riel soldado en ferrocarriles, renovación de flota de IAN, aumento del tonelaje de la flota mercante chilena, comienzo de la construcción del metro en Santiago -, de comunicaciones - creación de ENTEL y de Televisión Nacional - y en otros múltiples aspectos, cambió substancialmente la faz de Chile en el curso de seis años.

El proceso de desarrollo económico y de integración social importó un considerable avance de la comunidad nacional hacia mejores niveles de vida, con mayor y más generalizado bienestar, más libertad, más justicia, más solidaridad y más expectativas.

Obvio es que esos avances estaban muy lejos de satisfacer los anhelos del ideal soñado. Pero nadie podría seriamente desconocer lo mucho que en esos años progresó el país y cómo durante ellos la aspiración a una buena vida humana se hizo más accesible para las grandes mayorías populares.

#### DUDAS E IDEOLOGISMOS.

No todos, sin embargo, entendieron esos avances como una etapa hacia la nueva sociedad de inspiración humanista cristiana. Aún entre quienes reconocían lo mucho que se había hecho, no se visualizaba claramente la relación entre el programa que se estaba cumpliendo y las concepciones

sobre el modelo de sociedad a que la Democracia Cristiana aspira. ¿Conduciría ese programa a construir una sociedad comunitaria o sólo lograría algún desarrollo nacional hacia una "sociedad de consumo" y al precio de robustecer las estructuras capitalistas? Quienes ansiaban y esperaban transformaciones rápidas y radicales, se sentían desilusionados al ver "mucha libertad y poca revolución", se acomplejaban de que el Gobierno fuera calificado desde la izquierda de "reformista" o "desarrollista" y adoptaban actitudes de rebeldía en demanda de mayor profundidad y eficacia revolucionaria.

Eran los tiempos en que el mundo occidental vivía una fiebre de ideologismos. Inspirándose en la filosofía de Marcuse e invocando el ejemplo del Che Guevara, el "poder joven" desencadenó por todas partes una ola de rebeldía. Los estudiantes de París demandaban "lo imposible" en nombre del "realismo".

Frente al proyecto en marcha de avanzar hacia la utopía por un camino programado teniendo en cuenta la realidad, las posibilidades y los medios de que se disponía, la impaciencia revolucionaria expresada en esquemas ideológicos puramente teóricos generó en el propio partido de gobierno otros proyectos de dudosa viabilidad o que eran incompatibles con el programa en ejecución. El ostensible choque entre ambas posiciones confundió a la opinión pública, perjudicó las relaciones entre el Partido y el Gobierno y a ambos los debilitó.

Todos sabemos lo que pasó después.

Si en vez de desgastarnos en esa discusión estéril hubiéramos colaborado todos al cumplimiento del programa de esa etapa y, enseguida, proyectado unidos la siguiente valorizando lo realizado y proponiendo al pueblo de Chile avanzar nuevos pasos para profundizar la Revolución en Libertad, probablemente no tendríamos que lamentar lo que después hemos vivido y, sin saltos ni retrocesos abismales, estaríamos hoy más cerca de la sociedad libre, justa y solidaria a que aspiramos.

NUESTRA REALIDAD ACTUAL.

Es un hecho penoso pero insoslayable, que Chile ha retrocedido dramáticamente en lo que se refiere a la vigencia de los valores del Humanismo Cristiano en la vida nacional.

Nuestra democracia, tan vituperada hoy, gozaba de prestigio en todo el mundo y era motivo de orgullo para los chilenos. Vivíamos civilizadamente. Podíamos discrepar y confrontar apasionadamente distintos planteamientos y opciones de gobierno, pero nos respetábamos y sentíamos miembros de una misma patria. El pueblo elegía libre y periódicamente a sus gobernantes y las FF.AA., con el beneplácito de todos, aseguraban que la decisión popular fuera respetada.

Hoy el pueblo chileno, los hombres y mujeres que constituyen la patria, permanece privado del derecho a gobernarse por sí mismo. Es un pueblo en interdicción cívica. Quienes disponen de las armas para defenderlo, se han arrogado el poder de usarlas para dominarlo y privarlo de sus libertades esenciales, permanentemente suspendidas o restringidas por estados de excepción constitucional. Los derechos humanos son constantemente vulnerados. Todo esto se hace para asegurar el orden y la paz; pero lo cierto es que el país vive un clima de violencia, de <sup>m</sup>temor y de inseguridad.

En lo económico, si bien se han logrado en estos años progresos importantes en algunos rubros, lo cierto es que el ingreso por habitante prácticamente es el mismo que en 1970; la capacidad de consumo de los chilenos permanece estacionaria; la desocupación triplica sus promedios históricos y la distribución del ingreso nacional ha acentuado dramáticamente las desigualdades.

En lo social, el país se encuentra profundamente dividido, no sólo por el abismo que separa el mundo acomodado del mundo de las poblaciones populares, sino también por los celos, temores y odiosidades que la lógica de guerra impuesta por el régimen ha ido generando al dividir a los chilenos en amigos y enemigos.

El proceso de creciente integración nacional, de incorporación de cada vez más chilenos a una participación activa en la comunidad nacional, ha sufrido en estos años un muy grave deterioro o retroceso. Como en reciente libro lo señala Alejandro Foxley, en Chile coexisten varios países - el país financiero, el país rural, el país de los grupos medios, el país de los marginados - y cada vez aumenta la incomunicación entre unos y otros, lo que daña su cohesión fundamental como nación, el sentimiento patrio de un destino común.

EL DESAFIO DE ESTA HORA.

Esta dura realidad nos aboca a los chilenos a un tremendo desafío: ser capaces de unirnos en la tarea común de hacer de Chile la patria de todos los hijos de esta tierra.

Se trata, antes que nada, de dar respuesta positiva, con verdadera buena voluntad, a los llamados a la reconciliación nacional reiteradamente hechos por la Jerarquía Eclesiástica Católica, que Juan Pablo Segundo hizo suyos en su visita a Chile.

Ello importa para todos un imperativo moral insoslayable de proceder como hombres de buena voluntad. Nos exige disponer nuestros espíritus a reconocer la verdad, a actuar con humildad y a ser generosos.

Sólo sobre la base de la verdad objetiva, despejada de las apreciaciones particulares de cada cual, es posible construir un entendimiento pacífico entre los hombres. Cualquier deformación de la verdad genera desconfianzas, y éstas abren el camino al odio y a la violencia.

Sólo reconociendo cada cual sus propios errores y limitaciones, respetando a sus contradictores en su dignidad de personas, renunciando a arrogarse el monopolio del patriotismo o del saber y a imponer a los demás sus particulares puntos de vista, puede lograrse el clima de comprensión recíproca indispensable para alcanzar acuerdos.

Sólo con una gran generosidad y desprendimiento de cualquier clase de ambiciones, personales o de grupo, podremos forjar las bases de una paz verdadera.

Se trata de reconocer al pueblo chileno el derecho, inherente a su soberanía, de decidir por sí mismo su destino, eligiendo a sus gobernantes por sufragio universal, libre, secreto e informado. No basta con la opción de acatar o rechazar la propuesta unilateral que le hagan quienes detentan el poder. El intento de imponer por esa vía la prolongación del actual régimen y el uso abusivo que para ello se está haciendo por el Gobierno del monopolio de la televisión, de la acción de los Alcaldes y del erario nacional, constituyen una inmoralidad que privará de toda validéz y credibilidad al plebiscito que se proyecta.

Se trata, en fin, de buscar acuerdos, lo más amplios posibles, para encarar eficazmente la tarea de restablecer en Chile la convivencia pacífica, civilizada y democrática y para lograr pronta corrección a las mas graves injusticias de que son víctimas los sectores más pobres de nuestra población. Ojalá todos los chilenos - civiles y uniformados, trabajadores y empresarios, gobiernistas y opositores- pudiéramos concertarnos en un gran acuerdo nacional en torno a las bases o reglas del juego de nuestra convivencia colectiva, en lo institucional, lo económico y lo social. Y ojalá cuanto antes los sectores definitivamente democráticos podamos concertarnos para proponer al país una alternativa de gobierno, nacional y popular, que en un período más bien breve lleve a efecto la transición pacífica hacia la democracia y enfrente con criterio de justicia y eficiencia los principales problemas del país, especialmente los que afligen a los pobres de Chile que - según palabras del Papa - no pueden esperar.

UNA UTOPIA REALIZABLE.

¿Es esto una utopía? ¿Algo imposible de alcanzar?

Así parece a primera vista.

Pero quien medite honestamente sobre el asunto tendrá que concluir que éste es el único camino realista para salvar a Chile de una crisis mucho peor.

Si cada cual se empeña en imponer a toda costa su propio proyecto - sean "las siete proyecciones" del régimen, o los modelos ideales de sociedad que postulan las distintas corrientes ideológicas - es claro que el país se irá sumiendo cada vez en una mayor división y desintegración.

Por muchos que sean los medios e instrumentos de poder con que el régimen cuente para imponer sus "proyecciones" y por mucha certeza que tengan sus iluminados consejeros en la bondad de sus recetas, los porfiados hechos demuestran que ese camino es resistido por la enorme mayoría del país y que el empeño de imponerlo por la fuerza sólo puede generar mayor violencia, división y destrucción. La historia enseña que tal vez pueda el César, con buena suerte, mantener su poder mientras viva, pero al día siguiente toda su obra se derrumbará. Y si los hados no lo ayudan, su empecinamiento puede empujar al país hacia trágicos desenlaces.

Y por mucho que sueñen los idealistas, cualquiera que sea su inspiración doctrinaria o ideológica, en poner término a la dictadura mediante la movilización del pueblo o una rebelión generalizada, los hechos prueban que esa fórmula no logra el respaldo necesario, porque la inmensa mayoría de los chilenos repugna de la violencia y desconfía de una aventura que no sabe a donde pueda conducirlos.

Utópico es, en consecuencia, insistir en esos caminos, condenados ambos al fracaso.

El ideal, en cambio, de reconciliar a los chilenos y tratar de encontrar acuerdos para restablecer la convivencia democrática y para enfrentar, concertados, los más urgentes problemas nacionales sobre la base del examen objetivo de la realidad, con el fin de crear condiciones que abran camino a la libertad y a la justicia en la vida de nuestra patria, aunque aparentemente utópico, constituye una posibilidad difícil, pero no imposible, de encarnarse en la realidad.

Hace poco se ha publicado un libro que todos debiéramos leer. Su autor, Alejandro Foxley, es un estudioso de la realidad nacional, que cree en los principios del Humanismo Cristiano. Su título : "Chile y su futuro, un país posible", es de por sí decididor. Cualquiera que sea el grado en que se comparta su contenido, proporciona antecedentes indispensables para construir una alternativa para el futuro patrio.

El idealismo invita a las grandes palabras y los gestos heroicos. Pero los cristianos no debemos olvidar que la búsqueda del Reino nos exige consagrar cada día a su propio afán.

Si queremos avanzar hacia nuestra utopía de una nueva cristiandad, o de la civilización del amor, tenemos que empezar por hacer cada día lo posible, con el corazón caliente pero la cabeza fría, con los pies en la tierra y en el cielo el ideal, para ir abriendo en nuestro mundo que vivimos, cada vez mayores espacios de libertad, de justicia, de fraternidad, de paz y de esperanza. Por este camino, con inteligencia y coraje, paciencia y tenacidad, podremos ir materializando en hechos nuestra opción preferencial por los pobres, transformando la sociedad con el espíritu de los valores de nuestro humanismo y convirtiendo la utopía en realidad.

Patricio Aylwin A.

---

Santiago, 22 de Octubre de 1987.-